

muy ricas mantas sobre si, con galania, y libreas diferenciadas las de los vnos Caciques á los otros, y las calçadas llenas dellos, y aquellos grandes Caciques embiaua el gran Montecuma delante á recebirnos: y assi como llegauan delante de Cortés, dezian en sus lenguas, que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocauan con la mano en el suelo, y besauan la tierra con la mesma mano. Assi que estuuiamos detenidos vn buen rato, y desde alli se adelantaron el Cacamacán, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa, y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyoacán á encontrarse con el gran Montecuma, que venia cerca en ricas andas acompañado de otros grandes señores, y Caciques, que tenían vasallos: e ya que llegauamos cerca de Mexico, adonde estauan otras torrecillas, se apedó el gran Montecuma de las andas, y traianle del brazo aquellos grandes Caciques de baxo de vn Palio muy riquissimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argenteria, y perlas, y piedras chalchihuis, que colgauan de vnas como botaduras, que huuo mucho que mirar en ello: y el gran Montecuma venia muy ricamente ataviado segun su vfança, y traia calçados vnos como cotaras, que assi se dize lo que se calçan, las suelas de oro, y muy preciada pedreria encima en ellas: e los quatro señores que le traian del brazo, venian con rica manera de vestidos á su vfança, que parece ser se los tenían aparejados en el camino, para entrar con su señor, que no traian los vestidos con que nos fueron á recebir: y venian sin aquellos grandes señores, otros grandes Caciques, que traian el Palio sobre sus cabeças, y otros muchos señores que venian delante del gran Montecuma barriendo el suelo, por donde auia de pisar, y le ponian mantas, porque no pisasse la tierra. Todos estos señores, ni por pensamiento le mirauan á la cara, sino los ojos baxos, e con mucho acato, excepto aquellos quatro deudos, y sobrinos suyos, que le lleuauan del brazo. E como Cortés vió, y entendió, e le dixeron que venia el gran Montecuma, se apedó del caballo, y desque llegó cerca de Montecuma, á vna se hizieron grandes acatos, el Montecuma le dió el bien ve-

Señores de vasallos, q se lieró á recebirlos.

Sale á las puertas de Mexico Montecuma.

Grandezas que venia.

nido, e nuestro Cortés le respondió con Doña Marina, que él fuesse el muy bien estado. Epareceme que el Cortés con la lengua Doña Marina, que iba junto á Cortés, le daua la mano derecha, y el Montecuma no la quiso, e se la dió á Cortés: y entonces sacó Cortés vn collar que traia muy amano de vnas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dizen margaritas, que tienen dentro muchas colores, e diuersidad de labores, y venia enlartado en vnos cordones de oro con almizque, porque diessen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montecuma, y quando se lo puso, le iba á abraçar, y aquellos grandes señores que iban con el Montecuma, detuuieron el brazo á Cortés, que no le abraçasse, porque lo tenían por menoscario: y luego Cortés con la lengua Doña Marina le dixo, que holgauan agora su coraçón en auer visto vn tan gran Principe: y que le tenia en gran merced la vñda de su persona á le recebir, y las mercedes que le haze á la continúa. E entonces el Montecuma le dixo otras palabras de buen comedimiento, e mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el señor de Tezcuco, y el señor de Cuyoacán, que se fuessen con nosotros, hasta aposentarnos: y el Montecuma con los otros dos sus parientes Cuedlauaca, y el señor de Tacuba, que le acompañauan, se bolvió á la Ciudad, y tambien se boluieron con él todas aquellas grandes Compañias de Caciques, y Principales, que le auian venido á acompañar: e quando se boluian con su señor, estauamoslos mirando, como iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañauan: y assi tuuimos lugar nosotros de entrar por las calles de Mexico, sin tener tanto embaraço. Quien podra dezir la multitud de hombres, y niugetes, y muchachos, que estauan en las calles, e açuteas, y en Canoas en aquellas açuteas, que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escriuiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera quando esto pasó, y considerada la cofa, y gran merced que Nuestro Señor Jesu-Christo nos hizo, y fue seruido de darnos gracia, y esfuergo para

Quiso Cortés abraçar á Montecuma, y no le abraçó, y porque sintieron

La reuerencia con que asistían á Montecuma aquellos grandes señores.

para ostar entrar en tal Ciudad, e me auer guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doile muchas gracia por ello, que á tal tiempo me ha traído para podello escriuir, e aunque no tan cumplidamente como conuenia, y se requiere: y dexemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo. E boluamos á nuestra entrada en Mexico, que nos lleuaron á aposentar á vnas grandes casas, donde auia aposentos para todos nosotros, que auian sido de su padre del grã Montecuma, q se dezia Axayaca, adonde en aquella sazón tenia el gran Montecuma sus grandes adoratorios de idolos, e tenia vna recamara muy secreta de piezas, y joyas de oro, que era como teforo de lo que auia heredado de su padre Axayaca, que no tocáua en ello: y assi mismo nos lleuaron á aposentar á aquella casa por causa, que como nos llamaua Teules, e por tales nos tenían, que estuuiésemos entre sus idolos, como Teules que alli tenia. Sea de vna manera, e de otra, alli nos lleuaron, donde tenia hechos grandes estrados, y salas muy entoldadas de parametos de la tierra, para nuestro Capitan, y para cada vno de nosotros otras camas de esteras, y vnos toldillos encima, que no se da más cama, por muy gran señor que sea, porque no las vñan, y todos aquellos Palacios muy lucidos, y encalçados, y barridos, y enriamados, como llegamos, y entramos en vn grã patio. Luego tomó por la mano el gran Montecuma á nuestro Capitan, que alli lo estuuó esperando, y le metió en el aposento, y sala, donde auia de posar, que la tenia muy ricamente adereçada para segun su vfança: y tenia aparejado vn muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montecuma se lo echó al cuello, á nuestro Capitan Cortés, que tuuieron bien que mirar sus Capitanes del gran fauor que le dió: y quando se lo huuo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas: e dixo Montecuma, Malinche en vuestra casa estais vos, y vuestros hermanos, de seanfad, y luego se fue á las Palacios, que no estauan lexos: y nosotros repartimos nuestros aposentos por Capitanias, e nuestra Artilleria assestada en parte conueniente, y muy bien platicado la orden que en todo auiamos de tener, y estar muy apercebidos, assi los de á caballo, como todos nuestros soldados: y

La parte donde fue aposentado Cortés.

Bueluese á ver con Cortés Montecuma, y honrale.

nos tenían aparejada vna muy suntuosa comida á su vfo, e costumbre que luego comimos. Y fue esta nuestra venturosa, e a treuida entrada en la gran Ciudad de Tenustitlan Mexico, á ocho dias del mes de Noviembre, año de Nuestro Salvador Jesu-Christo, de mil y quinientos y diez y nueue años. Gracias á Nuestro Señor Jesu-Christo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que auia que dezir, perdonéme, que no lo se dezir mejor por agora, hasta su tiempo. E dexemos de mas platicas, e boluamos á nuestra relación de lo que mas nos auino, lo qual diré adelante.

Quando, porque tiepo, y que dia entró Cortés en Mexico.

CAPITULO LXXXIX.

Como el gran Montecuma vino á nuestros aposentos con muchos Caciques que le acompañauan, e la practica que tuuo con nuestro Capitan.

Como el gran Montecuma huuo comido, y supo que nuestro Capitan, y todos nosotros assi mismo auia buen rato que auiamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, e todos deudos suyos, e con gran pompa: e como á Cortés le dixeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recebir, y el Montecuma le tomó por la mano, e traxeron vnos como assentaderos, hechos á su vfança, e muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro: y el Montecuma dixo á nuestro Capitan que se sentasse, e se assentaron entrambos, cada vno en el suyo; y luego començó el Montecuma vn muy buen parlamento, e dixo que en gran manera se holgauan de tener en su casa, y Reino vnos Caualleros tan esforçados, como era el Capitan Cortés, y todos nosotros, e que auia dos años que tuuo noticia de otro Capitan, que vino á lo de Champoton, e tambien el año pasado le truxeron nueuas de otro Capitan que vino con quatro Nauios, e que siempre lo deseó ver, e que aora que no tiene ya consigo para servirnos, y darnos de todo lo que tuuiesse. Y que verdaderamente deue de ser cierto, que somos los que

Viene Montecuma á ver á Cortés, y el razonamiento que hizo.

sus antepassados muchos tiempos antes auian dicho, que vendrian hombres de azia donde sale el Sol á señorear aque- tas tierras: y que deuenos de ser nosot- tros; pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan, y Tabasco, y con los Tlascaltecas, porque todas las batallas se las truxeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estauan, especial la Do- ña Marina, y le dixo que no sabe con que pagar él, ni todos nosotros, las grandes mercedes recibidas de cada dia: á que ciertamente veniamos de donde sale el Sol, y somos vassallos, y criados de vn gran señor, que se dize el Emperador D. Carlos, que tiene sujetos á si muchos, y grãdes Principes, e que teniendo noticia del, y de quan gran señor es, nos embió á estas partes, á le ver, e á rogar, que sean Christianos, como es nuestro Empera- dor, e todos nosotros, e que salvarán sus animas, e, y todos sus vassallos, e que ade- lante le declarará mas, como, y de que manera ha de ser: y como adoramos á vn solo Dios verdadero, y quien es, y otras muchas cosas buenas que oirá, co- mo les auia dicho á sus Embaxadores Tendile, e Pitalpitoque, e Quintalvor, quando estauamos en los arenales. E acabo este parlamento, tenia aperecbido el gran Montecuma, muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro Capitan, e assi mismo á cada vno de nuestros Capitanes dió cofitas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tam- bien nos dió á cada vno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y quando lo huuo reparti- do, preguntó á Cortés, que si eramos to- dos hermanos, y vassallos de nuestro grã Emperador, e dixo, q si, q eramos herma- nos en el amor, y amistad, e personas mul- ticiales, e criados de nuestro gran Rey, y señor. Y porque passaron otras platicas de buenos comedimientos entre Montecuma, y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser pesado, cesaron los razonamien- tos, y auia mandado el Montecuma á sus Mayordomos, que á nuestro modo, y vñca estuuiessemos proucidos, que es maiz, e piedras, e Indias para hazer pan, e gallinas, y fruta, y mucha yerua para los cauallos: y el gran Mōtequma se des- pidió con gran cortesia de nuestro Capi-

Dá Mon- tequma á todos grã- des dadi- mas.

Era libe- ralissimo.

era libe- ralissimo.

tan, y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó, que al presente, que no fuessemos muy lexos de los aposentos, hasta entender mas lo que conuiniere. E quedarle ha aqui, e diré lo que adelante passó.

CAPITULO XC.

Como luego otro dia fue nues- tro Capitan á ver al gran Montecuma, y de ciertas praticas que tuuieron.

Otro dia acordó Cortés de ir á los Palacios de Montecuma. E á Cortés e primero embió á saber que hazia, y supiese como ibamos, y lleuó consigo quatro Capitanes, que fue Pedro de Alvarado, y Juan Velaz- quez de Leon, y Diego de Orda, e á Gonçalo de Sandoual, y tambien fuy- mos cinco soldados: y como el Montecuma lo supo, salió á nos recibir á la mi- tad de la sala muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entra- uan, ni comunicauan donde el Montecuma estaua, si no era á negocios impor- tantes: y eō gran acato que hizo á Cor- tés, y Cortés á él, se tomaron por las ma- nos, e adonde estaua su estrado le hizo sentar á la mano derecha; y assi mismo nos mandó sentar á todos nosotros en al- sientos que alli mandó traer: e Cortés le començó á hazer vn razonamiento con nuestras lenguas D. Marina, e Aguilar, e dixo, que aora que auia venido á ver, y hablar á vn tan gran señor, como era, es- taua descansado, y todos nosotros, pues ha cūplido el viage, e mādó que nuestro grã Rey, y señor le mādó: e lo que mas le viene á dezir de parte de nuestro S. Dios, es, que ya su merced aurá entēdido de sus Embaxadores Tendile, e Pitalpitoque, e Quintalvor, quando nos hizo las merce- des de embiarnos la Luna, y el Sol de oro, en el atenal, como les diximos que eramos Christianos, e adoramos á vn solo Dios verdadero, que se dize Jefa- Christo, el qual padeció muerte, y Pas- sion por nos salvar: y le diximos quando nos preguntó, que porque adorauamos aqnella Cruz, que la adorauamos por otra, que era señal donde Nuestro Se- ñor fue crucificado por nuestra salva-

E á Cortés á visitar a Montecuma.

Razo- namiento Christiano de Cortés.

Razo- namiento Christiano de Cortés.

cion, e que aquesta muerte, y Passio, que peruenio que assi fue, por salvar por ella todo el linage humano que estaua perdido, y que aqueste Nuestro Dios re- tuuio al tercero dia, y esta en los Cielos, y es el que hizo el Cielo, y Tierra, y la Mar, y crió todas las cosas que ay en el mundo, y las aguas, y rocios, y ninguna cosa se haze sin su santa voluntad: y que en él creemos, y adoramos, y que aque- llos que ellos tienen por Dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y quales tienen las figuras, que peores tienen los hechos: e que miras- sen quan malos son, y de poca valia, que adonde tenemos puestas Cruces, co- mo las que vieron sus Embaxadores, con temor dellas no osan parecer delan- te, y que el tiempo, andando lo verian. E lo que agora le pide por merced, es que esté atento á las palabras que agora le quiere dezir. Y luego le dixo, muy bien dado á entender, de la creacion del mun- do, e como todos somos hermanos, hi- jos de vn padre, y de vna madre, que se dezian Adan, y Eua, como tal herma- no, nuestro gran Emperador, doliendose de la perdicion de las animas, que son muchas las que aquellos sus idolos lle- uan al infierno donde arden en viuas llamas, nos embió para que esto que ha oido lo remedie, y no adoren aquellos idolos, ni les sacrifiquen mas Indios, ni Indias: y pues todos somos hermanos, no consentan sodomias, ni robos: y mas les dixo, que el tiempo andando embia- ria nuestro Rey, y señor vnos hombres, que entre nosotros viuen muy santame- te mejores que nosotros, para que se lo den á entender, porque al presente no veniamos á mas de se lo notificar: e as- si se lo pide por merced, que lo haga, y cūmpla. E porque pareció que el Mon- tecuma queria responder, cesó Cortés la platica. E dixonos Cortés á todos no- sotros, que eō el fin mos. Con esto en- tēdidos, por ser el primer toque, y el Mō- tecuma respondió, Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras platicas, y razonamientos antes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dixistes en el arenal; y esto de la Cruz, y todas las cosas que en los pueblos, por donde auéis venido, auéis predicado, no os hemos respondido á cosa nin- guna dellas, porque desde abinçio aca ado- ramos nuestros Dioses, y los tenemos

no osamos

no osamos

no osamos

por buenos: e assi deuen ser los vuestros; e no cureis, mas al presente de- nos hablar dellos, y en esto de la crea- cion del mundo, assi lo tenemos, nosot- tros crejdo muchos tiempos passados: e á esta causa tenemos por cierto, que sois los que nuestros antecessores nos dixerón que venian de adonde sale el Sol, e a esse vuestro gran Rey, yo le soy en cargo, y le daré de lo que tuuiere; porque como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de Capitanes que viniéron con Nauios, por donde vo- sotros venistes, y dezian, que eran cria- dos de esse vuestro gran Rey. Querria sa- ber, si sois todos vnos, e Cortes le dixo que si, que todos eramos criados de nuestro Emperador, e que aquellos vi- nicieron á ver el camino, e mares, e Puer- tos para lo saber muy bien, y venir nosot- ros como venimos: y dezialo el Mon- tecuma por lo de Francisco Fernandez de Cordoua, e Grijalva, quando veni- mos á descubrir la primera vez: y dixo, que desde entonces tuuo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus Reynos, e Ciudades, para les honrar: e que pues sus Dioses le auian cūmplido sus bue- nos deseos, e ya estapamos en sus cas- las, las quales se pueden llamar nuestras, que holgassemos, y tuuiessemos descan- so, que alli seriamos seruidos, e que si algunas vezes nos embiaua á dezir, que no entrassemos en su Ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vassallos tenian temor, que les dezian, que echas- uamos rayos, e relampagos, e con los cauallos matauamos muchos Indios, e que eramos Teules brauos, e otras co- sas de miferia. E que agora que ha visto vuestras personas, e que somos de hueso, y de carne, y de mucha razon, e sabe que somos muy esforçados, por estas causas nos tiene en mas estima, que le auian dicho, e que nos daría de lo que tuuiere. E Cortés, e todos nosotros res- pondimos, que se lo teniamos en gran- de merced tan sobrada voluntad: y lue- go el Montecuma dixo riendo, porque en todo era muy regozijado, en su hablar de gran señor. Malinche bien se que te han dicho effos de Tlascala, eō quien ta- ta amistad auéis tomado, que yo que soy como Dios, e Teule, que quanto ay en mis casas es todo oro, e plata, y piedras ricas: bien tengo conocido, que como

Respuesta de Montecuma.

Gracioso razonado Montecuma.

fois entendidos, que no lo creiades, y lo teniades por burla lo que aora señor Malinche véis, mi cuerpo de hueso, y de carne como los vuestros: mis casas, y Palacios de piedra, y madera, y cal: de ser yo gran Rey, si foy, y tener riquezas de mis antecessores, si tengo; mas no las locuras, y mentiras que de mi os han dicho: assi que tambien lo teneis por burla, como yo tengo lo de vuestros trucos, y relampagos. E Cortés se respondió tambien riendo, y dixo; que los contrarios enemigos siempre dizen cosas malas, è sin verdad de los que quieren mal: è que bien ha conocido, que en estas partes otro señor mas magnifico no le espera ver: è que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro Emperador. E estando en estas platicas, mandò secretamente Montecuma à vn gran Cacique sobriño suyo de los que estauan en su compañía, que mandasse à sus Mayordomos, que truxessen ciertas piezas de oro, que parece ser de uierian estar apartadas para dar à Cortés, diez cargas de ropa fina; lo qual repartió el oro, y mantas entre Cortés, y los quatro Capitanes: è à nosotros los soldados nos diò à cada vno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, è dos cargas de mantas. Vahia todo el oro que entonces diò sobre mil pesos, y esto daua con vna alegría, y semblante de grande: è valeroso señor: y porque passaua la hora mas de medio dia, y por no le ser mas importuno, le dixo Cortés: El señor Montecuma siempre tiene por costumbre de echarnos vn cargo sobre otro, en hazernos cada dia mercedes; ya es hora que V. m. coma: y el Montecuma dixo, que antes por auerle ido à visitar le hizimos merced; è assi nos despedimos con grandes cortesias del, y nos fuymos à nuestros aposentos, è ibamos platicando de la buena manera, è criança, que en todo tenia, è que nosotros en todo le tuuiessemos mucho acato y è con las gorras de armas colchadas quitadas, quando delante del passassemos, è assi lo haziamos. E dexemoslo aqui, è passemos adelante.

210999
-110000
-110000

Nuevas dadiuas q diò Montecuma à Cortés, y à los demás Españoles.

110000
110000
110000

CAPITULO LXXXI.

De la manera è persona del gran Montecuma, y de quan gran señor era.

Enia el gran Montecuma de edad de hasta quarenta años, y de buena estatura, y bien proporcionado, è cenzeño, è pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color, y matiz de Indio, y traia los cabellos no muy largos, sino quanto le cubrian las orejas, è pocas barbas, prietas, y bien puestas, è ralas, y el rostro algo largo, è alegre, è los ojos de buena manera, è mostraua en su persona en el mirar por vn cabo amor, è quando era menester grauedad. Y era muy pulido, y limpio, bañauale cada dia vna vez à la tarde: tenia muchas mugeres por amigas, è hijas de señores, puesto que tenia dos grandes Cacicas por sus legitimas mugeres, que quando yslaua con ellas: era tan secretamente, que no lo alcançauan à saber sino alguno de los que le seruian: era muy limpio de sodomias, las mantas, y ropas que se ponía yn dia, no se las ponía sino desde à quatro dias. Tenia sobre dozientos principales de su guarda en otras salas junto à la suya, y estos no para que hablassen todos con él, sino qual, è qual, y quando le iban à hablar, se auian de quitar las mantas ricas, y ponerse otras de poca valia, mas auian de ser limpias, y auian de entrar descalços, y los ojos baxos puestos en tierra, y no miralle à la cara, y con tres reuerencias que le hazia primero que à él llegassen, è le dezian en ellas: Señor, mi señor, gran señor: y quando le dauan relacion à lo que iban, con pocas palabras los despachaua, sin leuantar el rostro al despedido del, sino la cara, è ojos baxos en tierra, àzia donde estaua, è no bueltas las espaldas, hasta que salian de la sala. E otra cosa vi, que quando otros grandes señores, venian de levas tierras à pleitos, è negocios, quando llegauan à los aposentos del gran Montecuma, auianse de descalçar, è venir con pobres mantas, y no auian de entrar derecho en los Palacios, sino rodear vn poco por el lado de la puerta de Pala-

Edad, y talle de Montecuma.

Era muy limpio, tenia dos mugeres q llamauan legiimas, y otras cubinas.

Celemonias con q hablauan à Montecuma.

Ratamiento Christiano de Cortés.

Palacio, que entar de rota batida, tenianlo por descatò: en el comer le tenian sus cozineros sobre treinta maneras de guisados, hechos à su modo, y viança, y tenianlos puestos en braseros de barro chicos debaxo, porque no se infriassen. E de aquello que el gran Montecuma auia de comer; guisauan mas de trezientos platos, sin mas de mil para la gente de guarda; y quando auia de comer; salia el Montecuma algunas vezes con sus Principales, y Mayordomos; y le señalauan qual guisado era mejor, è de que aues, è cosas estaua guisado, y de lo que le dezian, de aquello auia de comer, è quando salia à lo ver, eran pocas vezes: è como por passatiempo oi dezir, que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenia tantas diuersidades de guisados, y de tantas cosas, no lo echauamos de ver si era de carne humana, y de otras cosas, porque cotidianamente le guisauan Gallinas, Gallos de papada; Faylanes, Perdizes de la tierra; Codornizes, Patos mansos, y brauos, Venado, Puerco de la tierra, Paxaritos de caña, y Palomas, y Liebres, y Conejos, y muchas maneras de aues, è cosas de las que secrian en estas tierras, que son tantas, que no las acabare de nombrar tan presto, y assi no miramos en ello. Lo que yo se es, que desque nuestro Capitán le reprehendió el sacrificio, y comer de carne humana, que desde entonces mandò, que no le guisassen tal manjar: Dexemos de hablar en esto, y boluamos à la manera que tenia en su seruiçio al tiempo de comer; y es desta manera, que si hazia frio, tenianle hecha mucha lumbre de ascuas de vna leña de cortezas de arboles, que no hazian humo, el olor de las cortezas de que hazian aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diessen mas calor de lo que el queria, ponian delante vna como tabla labrada con oro, y otras figuras de idolos, y el sentado en vn asientadero baxo, rico, è blando, è la mesa tambien baxa hecha de la misma manera de los asientaderos, è alli le ponian sus manteles de mantas blancas, y vnos pañizuelos algo largos de lo mismo, y quatro mugeres muy hermosas, y limpias le dauan aguamanos en vnos como à manera de

aguamániles hondos, que flaman xicales, y le ponian debaxo para recoger el agua otros à manera de platos, y le dauan sus toallas, è otras dos mugeres le traian el pan de tortillas; è ya que començaua à comer, echauanle delante vna como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesse comer; y estauan apartadas las quatro mugeres à parte, y alli se le ponian à sus lados quatro grandes señores viejos, y de edad en pie, con quien el Montecuma de quando en quando platicaua, è preguntaua cosas, y por mucho fauor daua à cada vno de estos viejos vn plato de lo que el comia: è dezian que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, è Consejeros, y Juezes de pleytos; y el plato, y manjar que les daua el Montecuma, comian en pie, y con mucho acato, y todo sin miralle à la cara. Seruiase con barro de Cholula, vno colorado, y otro prieto. Mientras que comia, ni por pensamiento auian de hazer alboroto; ni hablar alto los de su guarda, que estauan en las salas cerca de la del Montecuma. Traianle frutas de todas quantas auia en la tierra, mas no comia sino muy poca, y de quando en quando traian vnvas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que dezian era para tener acceso con mugeres; y entonces no mirauamos en ello; mas lo que yo vi, que traian sobre cincuenta jarros, grandes hechos de buen cacao con su espuma; y de lo que bebia; y las mugeres le seruian al beber, con gran acato, y algunas vezes al tiempo del comer estauan vnos Indios cosquoados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo, y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros; è otros Indios que deuián de ser truhanes, que le dezian gracias, è otros que lo cantauan, y baylauan, porque el Montecuma era aficionado à plazeres, y cantares, è à aquellos mandaua dar los relicues, y jarros del cacao; y las mismas quatro mugeres alcançauan los manteles, y le tornauan à dar agna à manos, y con mucho acato que le hazian, è hablaua Montecuma à aquellos quatro principales viejos, en cosas que le conuenian, y se despedian del con gran acato que le tenian, y è se quedaua

El modo de servir en la comida.

Ania bufonas à la comida, y músicos.